

SOBRE "LA CARNE DE EVITA", DE DANIEL GUEBEL

Una mitología marginal

El prolífico escritor Daniel Guebel vuelve a transitar el peronismo con su característico rango de registros. El crítico Juan José Becerra ve en Guebel "un escritor único, voraz e inestable, que nos hace pensar en su carácter artístico como en una secuencia de catástrofes naturales, inclinadas a los descontroles y a la persistencia que las renueva hoy aquí, mañana allá".

Por Juan José Becerra

27/05/12 - 01:07

 Recomendar

0

 Twittear

1

Además de una religión y una estética, el peronismo es nuestro cuento oriental." El aforismo de Daniel Guebel se filtra en mitad de La carne de Evita hacia el exterior, donde lo esperan la realidad y los reproches de los ofendidos. Es una salida mínima pero violenta hacia un registro de ensayo que el libro no tiene pero que alcanza a sembrar una hipótesis peronista de máxima. Porque si ese "además" reúne lo que el peronismo ya confirmó que

era, lo de "cuento oriental", formulado en el tono asertivo en el que podría sostenerse la verdad justicialista N° 21, lo traslada directamente a otro mundo. El cuento que nos han estado contando desde el 17 de octubre de 1945, entonces, no es urbano ni rural, ni se encarna en él un socialismo de perfiles nacionales: es una historia que está en un pasado de lujos asiáticos y honores antiguos.

La carne de Evita es la invención de una mitología marginal cuya composición se basa en cuatro cuadros. El primero, La infección vanguardista, un relato sobre un artista que tiene el talento de Daniel Santoro y la megalomanía de Albert Speer (otro "personaje" de Guebel), llamado Rafael Zarlenga, quien se desliza, "cada vez más lejos y más hondo", hacia un abismo formal: crear la ciudad peronista. Le sigue Monumentos, una especie de crónica narrada en un timbre de voz degenerado (la voz de un cronista o de un historiador del arte que se desliza del documentalismo a la ficción), en la que se describe la trazabilidad de la monumentología peronista que se iniciaría en el siglo XVII con el Taj Mahal y culmina –por ahora– en las fachadas del Ministerio de Desarrollo Social intervenidas en julio de 2011, telón de fondo de los anuncios de Cristina Fernández de Kirchner.

La tercera sección, La patria peronista, es una obra de teatro en cuatro actos que parece completar La vida por Perón (2004), un guión cinematográfico que Guebel, en una de sus tantas operaciones transformistas, adaptó a la literatura. Tanto en un caso como en el otro, lo que puede verse es la versión guebeliana del peronismo, concebida como un diálogo coral de sordos. El asunto es hablar sin escuchar y, luego, pasar a la interpretación romántica de los hechos –en este caso verbales– siempre autorizada por la flexibilidad o las distracciones del Líder. El círculo lo cierra El libro negro, un cuento muy breve en el que el discurso de la pornografía y el de la sociología peronista se entrelazan para que ocurra "la palpitación de lo eterno".

Desde la primera página de La carne de Evita se ve operar una refutación mitológica del peronismo como cuento nacional, un plan menos político que artístico que Guebel comenzó hace muchos años, quizá ya en el cuento Impresiones de un natural nacionalista, de El ser querido (1992). Recordarán los lectores informados que allí se cuenta la historia de la recuperación de La Isla del Hombre, un peñón del Mar del Norte colonizado en el siglo XIX por un grupo de argentinos instalados allí con sus ovejas y su cultura agraria. Es la realidad invertida de la Guerra de Malvinas, en la que nuestra poderosa flota nacional sale resuelta a recuperar su piedra distante. Pero en ese relato en espejo –una comedia que se mira en la tragedia– hay algo que rompe la simetría entre la historia nacional y la fantasía guebeliana: la aparición de un barco insignia llamado Evita Capitana.

De 1992 es también Los elementales, una novela breve en la que Guebel monta una escena de catatonía, la del científico Bernetti, a quien sus discípulos lo rodean con el fin de percibir de sus señales ambiguas el sentido de sus dones. Es una escena, si no peronista, al menos de peronismo, en la que el líder sigue actuando aun en el silencio y la inmovilidad. El asunto no es tanto el discurso, sino todo aquello que la presencia mítica pone en marcha en los otros.

Daniel Guebel es un escritor único, voraz e inestable, que nos hace pensar en su carácter artístico como en una secuencia de catástrofes naturales, inclinadas a los descontroles y a la persistencia que las renueva hoy aquí, mañana allá.

Contra los escritores que –según sus propias palabras– "cultivan una sola flor", él se mueve en un rango de registros amplísimo. Su prosa es "alta" y "baja", minuciosa y generalista, directa y ambigua. Por lo que el peronismo –que, como dice Antonio Cafiero, "da para todo"– excita al extremo sus patrones.

Entonces, ocurre que allí donde la literatura no sabe muy bien qué hacer cuando se interroga sobre nuestro cuento oriental, Guebel, en cambio, entra en estado de gracia. La carne... es la prueba rotunda de un arte disperso que no intenta reproducir el peronismo, ni reducirlo a la descripción histórica. Prefiere multiplicar de manera exponencial los rasgos de las figuras conocidas –Perón, Eva, Isabel, López Rega, la Juventud, etc.– para que ingresen a un régimen simultáneo de concentración y atomización. Por debajo de la historia, la miseria de la vida cotidiana; por encima, el misticismo. Desde escenas donde el General se tira pedos en su exilio en Puerta de Hierro (¿acaso ésa no es, también, una verdad histórica?) hasta el montaje necrodramático en el que Isabel dialoga con Eva sobre la migración de las almas justicialistas, la literatura de Guebel no sólo no se avergüenza de la escatología ni le teme al más allá sino que, además, absorbe todas las impurezas del mundo material para convertirlas en un delirio más verosímil y más firme que la realidad.



Mito. En la novela, Guebel interroga sobre nuestro "cuento oriental".